

bien ¹³ o le dan una interpretación violenta y rebuscada ¹⁴.

Ahora bien, si al final del párrafo “presbítero” se refiere por lo menos a un discípulo del Señor y, según probaremos después, a un apóstol, ¿por qué no se ha de referir también antes? ¿Por qué los presbíteros no han de ser los discípulos inmediatos del Señor, sino discípulos de los Apóstoles, como quieren los adversarios?

Tanto más que en esta explicación resultaría que Ireneo, para quien Papías es “hombre antiguo”, estaría más cerca de los Apóstoles que el mismo Papías. En efecto, S. Ireneo se une a S. Juan directamente por medio de S. Policarpo, mientras que Papías, en la sentencia que refutamos, se uniría sólo por medio de discípulos de los presbíteros, que no son Apóstoles, sino discípulos, a su vez de los Apóstoles.

Aun admitiendo que “presbíteros” en la literatura cristiana de los primeros tiempos designe generalmente los ancianos encargados del gobierno de las Iglesias, distintos de los Apóstoles, no podemos admitir esta acepción como exclusiva ni podemos entender cómo la pueden sostener autores católicos que admiten la autenticidad de la segunda y tercera carta de S. Juan, donde él mismo se llama a sí el “presbítero”.

Un indicio de que Papías ha reservado la palabra de “presbíteros” para los Apóstoles, es, que “llaman-

(13) *Larfeld*, die beiden Johannes von Ephesus, München, 1904, p. 133-136.

(14) *Lambot*, Rben. 43 (1937) 117 s.

do como llama discípulo del Señor a Aristión, no le da el nombre de presbítero, sino que este lo reserva para Juan, discípulo también del Señor”. ¿Qué razón podía tener Papías para reservar el nombre de presbítero para Juan y negárselo a Aristión, llamando a los dos discípulos del Señor y siendo, por tanto, verdaderos ancianos? Nosotros no encontramos otro motivo sino este: en la mente y vocabulario de Papías los presbíteros son solamente los Apóstoles. Y, por tanto, Juan el Presbítero es también Juan el Apóstol. Y en esto Papías no ha hecho sino seguir el lenguaje de su Maestro S. Juan, quien al principio de sus dos últimas cartas ha querido llamarse “el Presbítero”, nombre que le correspondía por su antigüedad y por su autoridad.

Según esto, Papías investigaba los dichos de los Apóstoles, no de otros personajes intermedios, entre él y los discípulos del Señor.

2.ª cuestión disputable: ¿Habla Papías de dos Juanes distintos o de uno solo a quien nombra dos veces? Creemos con bastante probabilidad que no habla sino de un solo Juan, del Apóstol y Evangelista.

Lo creemos así por razones de orden extrínseco y de orden intrínseco.

Razones de orden extrínseco: En toda la antigüedad no hay memoria de dos Juanes ilustres, que fueran los dos discípulos del Señor, como habría que admitir por el texto de Papías, enteramente cierto, pues todos los Códices griegos de las obras de Eusebio tienen el inciso final: “Aristión y Juan el Presbítero, *discípulos* del Señor.” El primero en hablar de dos Juanes es Dionisio de Alejandría († ca.

264), cuando dice que había dos sepulcros célebres en Efeso y del mismo nombre ¹⁵.

Esta razón y sentencia le pareció bien a Eusebio, pero a nadie más, hasta el siglo XIX.

San Jerónimo dice ya que para algunos, los dos sepulcros no eran sino dos recuerdos de un mismo Juan Apóstol ¹⁶.

Polícrates, obispo de Efeso, interesado en ponderar las glorias de su ciudad, escribe al Papa Víctor, hacia el 190, y le dice que, fuera del sepulcro de Felipe Apóstol, no hay otro célebre sino el de Juan Apóstol ¹⁷.

Razones de orden intrínseco: "Juan el Presbítero" es S. Juan Apóstol.

Se trata de un título con que el mismo Apóstol se designa en sus cartas ¹⁸ y con el que los cristianos lo debían designar y conocer. Era el único superviviente de los que trataron con Jesús, al final del siglo I.

Papías, pues, llama aquí a su Maestro con el título que él mismo se da.

¿Por qué lo menciona dos veces, entre los demás Apóstoles y ahora al final con Aristión?

Porque Papías ha recogido todos los dichos de Juan. Y de Juan tiene dos clases de testimonios en favor de la doctrina de Cristo. Testimonios o palabras recogidas a otros discípulos del Evangelista y pala-

(15) *Enseb*, HE 7, 25 (PG 20, 702).

(16) De vir. illustr. 9 (PL 23, 656).

(17) *Euseb*, HE 5, 24 (PG 20, 494).

(18) 2 In. I, 1; 3 In. 1, 1 Esta razón tiene que tener especial fuerza para los católicos.

bras oídas directamente por él a S. Juan. Esto indican los dos tiempos del verbo “decir” (*decían, dicen*).

Cabe también, como nota Fonseca ¹⁹, que la primera vez que nombra a Juan, se pueda suprimir, porque se trata de una interpolación en el texto. Quitado el nombre de Juan la primera vez, la enumeración de los Apóstoles va siempre de dos en dos.

Sobre todas estas razones de orden extrínseco e intrínseco, tenemos que Papías trató personalmente con S. Juan Apóstol, según el testimonio explícito de Ireneo que ya hemos citado antes.

Este testimonio de S. Ireneo nadie lo rebatió en la antigüedad; y muchos lo afirmaron a una con él entre otros el mismo Eusebio en su *Cronicón* ²⁰.

Vaccari, en un reciente artículo publicado en *Bíblica*, expone cómo en la antigüedad Papías pasó como discípulo de S. Juan. Los Padres llaman a San Juan, por el hecho de haber descansado en el pecho del Señor, “*Epistezios*”. Y de Papías se dice siempre “Papías de Hierápolis que vivió con el Epistezios” ²¹.

Esta nuestra opinión descansa por lo demás en la autoridad de los principales autores católicos, aunque tenga algunos nombres de fama en contra ²².

(19) O. c. p. 49 Posteriormente, Ramos p. 250 s.

(20) PG 19, 552. Cfr. también HE III, 39, 7.

(21) Un preteso scritto perduto di Papia, B 20 (1939) 413/14.

(22) En favor de nuestra sentencia está el peso de los autores católicos: *Fillion, Pesch, Cornely-Merk, Knabenbauer, Camerlynck, Mangenot, Van Hoonacker, Lepin, Mechineau, Fonseca, Gaechter, Chapman, Belser, Ruffini, Tromp, Perrella, Rosadini, Tondelli, Buccellato, Gut* y recientemente se inclina también Prado en su compendio de las prelecciones del *P. Simón* (Madrid, 1942). Entre los acatólicos *T. Zahn*.

En el testimonio importante de Papías nos queda una cuestión por tratar.

En el texto conservado por Eusebio no habla sino de los dos primeros Evangelios. ¿Se puede aducir la autoridad de Papías en favor de alguno de los otros dos Evangelios?

En favor del Evangelio de S. Lucas no he encontrado nada probable.

En favor del Evangelio de S. Juan sí hay motivos para creer que habló.

Desde luego, todas las circunstancias de persona, lugar y tiempo invitan a creer que Papías conoció y usó el IV Evangelio, como es natural, dadas sus relaciones de discípulo con el autor.

Eusebio nos dice ²³ que Papías conoció y se sirvió de la primera Carta de S. Juan, que, como se sabe, fué siempre unida al Evangelio y del cual se puede considerar como introducción o presentación.

El prólogo antiguo ²⁴ (sig. II) del Evangelio de S. Juan, que se encuentra en algunos manuscritos de la Vulgata, nos dice expresamente que Papías por nombre hierapolitano, discípulo caro de Juan, afirmó que el IV Evangelio fué publicado y entregado a las Iglesias por el mismo Juan, en vida aún.

Están por los dos Juanes *Lagrange, Jacquier, Grandmaison, Huby, Lusseau-Collomb*.

(23) HE 3, 39, 17 (PG 20, 300) Cfr. *Zahn*, II, p. 36, nota 1.

(24) Véase lec. II, n. 2.

El texto citado, dice así: "*El Evangelio de Juan fué manifestado y dado a las iglesias cuando Juan vivía todavía en cuerpo, como lo refirió Papías hierapolitano, discípulo caro de Juan...*" (Codex Vaticano).

Estamos, pues, ante un testimonio antiguo que, ya en el siglo II mismo, nos afirma que Papías testifica la paternidad de S. Juan respecto al IV Evangelio.

2. La carta de S. Bernabé

Entramos en un nuevo género de literatura y de documentos en favor de la genuinidad de los Evangelios no se trata ya de testimonios explícitos. Se trata de meras citas, de testimonios implícitos. Testimonios que no mencionan ni los Evangelios ni los autores. Son los documentos más antiguos cristianos que poseemos. Breves ciertamente y de mera instrucción o edificación.

¿Cómo hablan en favor de nuestros Evangelios? Implícitamente. Copian y transcriben textos que están sólo en los Evangelios. Dependen de nuestros libros *lógicamente*, en el contenido ideológico, y *literalmente*, en la transcripción servil de muchos textos y frases evangélicas. Esto prueba claramente que conocían los Evangelios, que les atribuían grande autoridad. En una palabra: que si estos documentos de fines del siglo I y principios del II, dependen en las ideas, en las frases y textos de los Evangelios, es claro que nuestros libros son anteriores, que los Evangelios estaban ya escritos entonces, que no pudieron escribirse ni al final del siglo I ni menos dentro del II, como un tiempo pretendió la Crítica racionalista.

La Carta llamada de S. Bernabé, no es ciertamente de dicho Apóstol, aunque un tiempo se creyera. Se

escribió probablemente en Alejandría en los últimos decenios del siglo I.

Desde los estudios de J. A. Robinson ²⁵ es más común la opinión de que la *Doctrina de los doce Apóstoles*, que hasta entonces se creía el documento más antiguo, sea posterior. Por tanto, la Carta llamada de S. Bernabé es el documento escrito más antiguo, fuera de los canónicos.

Su autor desconocido cita con certeza el Evangelio de S. Mateo y el de S. Marcos ²⁶. Es muy posible que aluda también al Evangelio de S. Lucas ²⁷.

Con el Evangelio de S. Juan tiene algún parecido en las ideas y aun en las palabras ²⁸.

3. La Doctrina de los doce Apóstoles

Pertenece también a los últimos decenios del siglo I. Es sencillamente un catecismo, el más antiguo que poseemos, escrito probablemente en Siria. Las alusiones frecuentes a los Evangelios no se explican, si no se admite que el autor se sirvió y tuvo entre sus manos nuestros cuatro Evangelios ²⁹.

(25) *Zarb*, p. 282, nota 2; *Altaner* p. 26.

(26) 4, 14 (F I, p. 49; J 30); 5, 9 (F I, p. 53); 12, 11 (íd. ib p. 79).

(27) 14, 9 (F I, p. 83).

(28) 12, 5 (F I, p. 77); 21, 6 (F I, p. 97).

(29) 8, 2 (F I, p. 77); 15, 3 4 (F I, p. 35). Para S. Lc., 1, 3 5. (F I, p. 5).

Se acerca a Mc. en 1,2 (F I, p. 3). Alude al Ev. de Jn. dos veces en 12, 1 y en 4, 3 (F I, p. 13. 31).

4. S. Clemente Romano

Según S. Ireneo ³⁰, es el tercer sucesor de S. Pedro en la sede de Roma. Eusebio tiene a Clemente por cuarto Papa y da a su pontificado la duración de nueve años, desde el duodécimo de Dominicano al tercero de Trajano ³¹.

Su carta auténtica a los Corintios prueba que procedía, no del gentilismo, como suponen las pseudoclementinas, sino del judaísmo.

Orígenes y Eusebio ³² lo identifican con el Clemente a quien S. Pablo en su Epístola a los Filipenses (4, 3) alaba como gran colaborador suyo.

La carta que escribió a la Comunidad de Corinto, hacia fines del siglo I, se conserva en su original griego y en la traducción latina y siríaca.

Por esta carta se prueba que usó el Evangelio de S. Mateo. Con bastante probabilidad el de S. Lucas. Parece aludir también al de S. Marcos. Las palabras del Evangelio las cita como palabras del Señor ³³.

5. S. Ignacio Mártir

El segundo sucesor de S. Pedro en la cátedra de Antioquía. Padebió el martirio bajo Trajano hacia el

(30) Adv. haer. 3, 3, 3 (PG 7, 849).

(31) HE 3, 15, 34 (PG 20, 250).

(32) HE 3, 15 Orígenes in In. 6, 36 (PG 14, 294).

(33) Usa S. Mt. en 13, 2 (F I, p. 117; J 24); S. Lc. en 48, 4 (F I, p. 163); S. Mc. en 46, 8 (F I, p. 159/61).

107. Durante su viaje a Roma, ya prisionero, escribió siete cartas a diversas Iglesias, despidiéndose y dándoles los últimos consejos. De estas cartas se deduce claramente que los Evangelios le eran familiares. Sobre todo el primero y el último ³⁴.

Muy probablemente habla del evangelio escrito también, cuando dice que más que el evangelio escrito hay que confiar en el evangelio practicado y sentido en el corazón. A los que no creen sino lo escrito yo les he argüido por el evangelio escrito ³⁵

6. San Policarpo

San Ireneo nos ha conservado preciosas noticias sobre su mérito y antigüedad.

Siendo joven S. Ireneo le oía decir a Policarpo que había tratado con Juan y los otros que habían visto al Señor, que repetía sus palabras y cuanto había oído de los milagros del Señor ³⁶.

Policarpo murió mártir en Esmirna, a los 86 años, después de haber visitado Roma y conversado sobre la celebración de la Pascua con el Papa Aniceto, que le permitió celebrase la Eucaristía en su Iglesia.

Poco después de la muerte de S. Ignacio escribió una carta a los Filipenses, hacia el año 107. En ella.

(34) Eph. 19, 2 (PG 5, 660); Ad Polyc. 2, 2 (PG 5, 72); Ad Magn 7, 1 (PG 5, 764); Ad Philad, 7, 1 (PG 5, 701; J 58); Ad Smyrn. 1, 2 (PG 708; J 62).

(35) 8, 2 (PG 5, 704; J 60).

(36) Adv. haer. 3, 3, 4 (PG 7, 851 s.; J 212. 264. 165).

revela que le es familiar el Evangelio de S. Mateo y S. Lucas ³⁷. Por las alusiones y uso que hace de las dos cartas de S. Juan se puede concluir que también conoció el IV Evangelio ³⁸.

Por el análisis de la literatura más antigua cristiana, la llamada apostólica, se ve claro que nuestros Evangelios eran usados y conocidos ya al final del siglo I. Y lo interesante es que se citan los Evangelios con la misma autoridad que los libros del Antiguo Testamento, como libros inspirados. Muchas veces, si no dicen que son palabras de la Sagrada Escritura, dicen que son palabras del Señor. Se encuentran citas de los cuatro Evangelios. Y en cambio, en ninguno de los escritos apostólicos se hace alusión a los Evangelios apócrifos. Todo esto nos da la certeza de que nuestros Evangelios eran universalmente admitidos como obras apostólicas, de discípulos del Señor, ya antes de que se cumpliese el primer centenario de la fundación de la Iglesia y del nacimiento mismo de Cristo. Esto con los documentos en la mano, con los testimonios extrínsecos a los mismos Evangelios. Con el examen interno veremos que podemos subir no sólo al final del siglo I, sino hasta los años que precedieron a la catástrofe del pueblo judío, antes del año 70, unos 40 años después de la Ascensión de Jesucristo a los cielos.

(37) Ad Philad. 2, 3 (PG 5, 1008; J 71).

(38) F I, p. 647. En general, para las citas de los PP. Apostólicos sobre los Evangelios se puede ver el índice bíblico de *Funk*, I, p. 640-652.

LECCIÓN V

La genuinidad de los Evangelios en los documentos heréticos, apócrifos y paganos

1. Testimonio de los herejes

El valor apostólico de nuestros Evangelios, su antigüedad, se puede probar por el testimonio indirecto que dan de ella los mismos adversarios del Catolicismo. Hasta ahora habíamos examinado sólo los documentos de católicos en su mayoría. Todos los que vamos a examinar son de autores que quedan fuera de la Iglesia de Roma.

Empecemos por los herejes. Así se designan aquellos cristianos que no reconocen o confiesan el Credo íntegro del Catolicismo o añaden como indispensable y revelado algo que no está en la Revelación de Cristo. Desde un principio encuentra la Iglesia enemigos no sólo en el judaísmo, que siempre le fué adverso, sino aun entre los mismos bautizados.

La primitiva Iglesia constaba de un doble elemento: judío y pagano.

Ambos elementos trajeron sus gérmenes de discordia. Los judíos por inclinarse demasiado al legalismo del Viejo Testamento. Los paganos por propender demasiado a la filosofía griega.

Representante de la tendencia judío-cristiana es *Cerinto* que vivió en tiempo de los Apóstoles y se le considera como el mayor enemigo de S. Juan ¹.

Cerinto conoció ciertamente la historia de Cristo y, a lo que parece, no sólo por la tradición oral, sino aun por los documentos apostólicos.

Sus discípulos, en frase de S. Epifanio, usaban el Evangelio de S. Mateo y rechazaban las cartas de S. Pablo ².

Filastro nos asegura lo mismo del maestro, de Cerinto ³.

Después de Cerinto siguieron otros herejes con tendencias asimismo judías. Parecen ser ya todos posteriores a la época apostólica. En los escritos apostólicos no queda de ellos rastro alguno. Y notemos esto de paso, que es un magnífico argumento en favor de nuestros Evangelios.

De todas las herejías gnósticas del siglo II no hay rastro alguno ni aun en el Evangelio de S. Juan, que es el último. Los Evangelios, sobre todo el de San Juan, tienen cierto carácter polémico y, sin embargo, no se dan por enterados de las grandes herejías del siglo II. Luego es señal clara de que fueron escritos antes del siglo II.

Los *Ofitas* y los *Ebionitas* son también herejes judío-cristianos.

(1) Adv. haer. II 11 (PG 7, 879); *Epifanio*, Adv. haer. I, 28 (PG 41, 378-388).

(2) Adv. haer. I, 5 (PG 41, 383-384).

(3) *Diversarum haereseon liber*, c. 36 (CSEL 38, 20).

Los primeros se llaman así por el papel importante que desempeñaba en sus teorías la serpiente de Eva. Los segundos deben su nombre a Ebion, su maestro, y discípulo de Cerinto.

Los Ofitas reconocían los cuatro Evangelios ⁴; los Ebionitas reconocían ciertamente el Evangelio de S. Mateo ⁵.

La tendencia étnico-cristiana está representada en los principios por *Simón Mago*. Los Filosufúmena le atribuyen muchos textos que hacen suponer la noticia del Evangelio de S. Mateo, S. Lucas y San Juan ⁶.

Basílides estudió en la escuela de Menandro, discípulo de Simón Mago.

Divulgó la doctrina de sus maestros en Egipto.

Por los fragmentos que nos ha conservado el libro de los Filosufúmena se ve que usó principalmente el Evangelio de S. Lucas ⁷. También conoce los otros tres Evangelios. Pero se sirve con preferencia de S. Lucas por su tendencia étnico-cristiana.

Valentín enseñó en Alejandría por el mismo tiempo que Basílides. También vino a Roma entre el 135-160 ⁸.

Sus doctrinas gnósticas tuvieron gran resonancia en el cristianismo antiguo, como se ve por el empeño

(4) Como prueban los testimonios recogidos por *W. Voelker* en su obra «*Quellen zur Geschichte der christlichen Gnosis*». Tübingen, 1932, p. 141-143. Tiene un índice de los textos sagrados que hay en las obras gnósticas.

(5) Epif. Adv. haer. I, 30, 3 (PG 41, 409-410).

(6) Philosophumena, VI, 7 (PG 16, 3205-3206).

(7) Ib. VII, 13-27 (PG 16, 3293-3322).

(8) *Iraen*. Adv. haer. 3, 4, 3 (PG 7, 856).

que toman en refutarlo S. Justino, S. Ireneo, Hegesipo y Tertuliano.

Admitió los libros del N. T., según parecer del mismo Loisy ⁹.

Los discípulos de Valentín, *Heracleón* y *Ptolomeo*, aceptan también y conocen todo el N. T., pero aman con preferencia el Evangelio de S. Juan. Haracleón tiene ya un comentario al IV Evangelio, del que nos ha conservado muchos fragmentos Orígenes en su comentario a S. Juan. Asimismo parece que comentó algunas secciones de S. Lucas ¹⁰.

En los fragmentos que nos ha conservado S. Ireneo se ve también claro que Ptolomeo admitió los cuatro Evangelios canónicos ¹¹.

Marción sobresale entre todos los herejes de los dos primeros siglos.

Nació a fines del siglo I, en el Ponto. En tiempo de Adriano es ya maestro y profesa algunas singularidades que le traen serios disgustos en Asia.

Hacia el 138/9 se viene a Roma, donde logra las simpatías de los fieles por su liberalidad para con los pobres.

La doctrina que predica se caracteriza por la oposición entre la antigua Ley y la nueva. Pronto se separó del seno de la Iglesia católica.

(9) *Histoire du Canon du N. T.*, París 1891, p. 64. *Voelker* o. c. p. 144 tiene citas del Ev. de S. Mt. Cfr. *Jacquier*, *Le N. T. dans l'Eglise*, I, p. 149.

(10) *Clem de Alej.*, Strom. 9 (PG 8, 128/9).

(11) *Voelker* o. c. p. 144 s.

San Policarpo, al encontrarlo en Roma, lo saludó como el primogénito de Satanás ¹². Con la ayuda del diablo, dice S. Justino ¹³, sembró la blasfemia por todo el mundo.

A fines del siglo II hay verdadera preocupación por el Marcionismo en casi todas las Iglesias: S. Ireneo, en Lyon; Tertuliano, en Cartago; Hipólito, en Roma; Clemente, en Alejandría; Teófilo, en Antioquía ¹⁴.

Marción llevó hasta el extremo la oposición paulina entre la Ley y la Gracia. Había un abismo infranqueable entre el Dios justiciero del A. T. y el Dios misericordioso del N. T. Jesús, que no era Mesías ni Hijo de Dios, había venido para abolir enteramente la Ley.

Para probar su doctrina niega la autoridad de los libros del A. T.

De los libros del N. T. usa las cartas de S. Pablo y el Evangelio de S. Lucas.

No niega la apostolicidad de los otros escritos neotestamentarios. Pero, porque están impregnados del espíritu de la antigua Ley, opina que han deformado el mensaje de Jesús. Tampoco quiere reconocer los dos primeros capítulos de S. Lucas, por la misma razón, porque se inspira en fuentes judías.

Es muy original la posición de Marción respecto a nuestros Evangelios. No niega sus autores apostólicos. Antes que negar la autenticidad, prefiere negar la

(12) *Iraen*. Adv. haer. 3, 3, 4 (PG 7, 853).

(13) *Apol.* I, 26 (PG 6, 367/8).

(14) *Batiffol*, *L'Eglise naissante et le catholicisme*, París, 1909, p.280.

autoridad de los Apóstoles. Tan claro le parecía el origen de los mismos.

Resumamos ahora el valor del testimonio de los herejes en favor de nuestros Evangelios. Es un argumento de primer orden.

Dan testimonio de la genuinidad de los Evangelios, de su antigüedad, porque *los conocen y los utilizan*. Prueban o tratan de demostrar sus doctrinas con los Evangelios. A la refutación que hacen de sus errores los Apologistas católicos nunca responden negando el valor de los Evangelios. No se conserva ni una sola oposición o negación de los autores de los Evangelios.

Son gente desaprensiva en materia crítica y de historia. Niegan lo que les parece y afirman lo que les parece. Y sin embargo, aceptan los Evangelios como obras apostólicas. Si la convicción de la apostolicidad de los cuatro Evangelios no hubiera sido universal, clara y sólida, irrefutable, ¿no les hubiera sido mejor y más sencillo negar, con nuestros modernos racionalistas, la autenticidad, antes que esforzarse por probar sus doctrinas con los mismos Evangelios?

2. Testimonio de los Evangelios Apócrifos

El nombre de Apócrifos, etimológicamente, vale tanto como oculto, escondido. En la historia de la Iglesia se designa así aquellos libros que tratan de la vida de Jesús, pero que la Iglesia no reconoce como dignos

de fe. Son libros que nacieron en las sombras del misterio y que, ordinariamente, ocultaban el nombre del verdadero autor bajo otro especioso y glorioso.

La Iglesia desde un principio no acepta sino aquellos Evangelios cuyo origen apostólico le es bien conocido y cierto. Frente a los demás se muestra desconfiada, aunque puedan contener verdades y hechos históricos.

Los Apócrifos son obras que nacen en ángulos solitarios, que se revisten tardíamente de la autoridad de algún apóstol. De origen siempre sospechoso. Por eso apócrifo hoy día es sinónimo de inauténtico, herético o fabuloso las más de las veces.

De la mayor parte de los Evangelios apócrifos no conservamos sino fragmentos. En 1703 Fabricio contó hasta 50 Evangelios apócrifos, observando que muchos eran la misma obra con diversos títulos ¹⁵.

Hoy día sólo se cuenta como distintos y dignos de estudio unos 14.

Los Apócrifos sugieren problemas interesantes. ¿En qué relación están con respecto a los Canónicos que son los cuatro que admite la Iglesia?

Voltaire hizo una comparación de los Apócrifos y Canónicos para igualarlos y quitar todo valor a los nuestros ¹⁶. Estudia los 50 Apócrifos de Fabricio. Saca por conclusión que cada Comunidad cristiana tuvo su Evangelio y que la distinción entre Canónicos y Apó-

(15) Codex apocryphus N. T., Hanburg, 1703.

(16) Le tombeau de fanatisme, obras completas. París 1837, t, VI, p. 183.

crifos se debe al Concilio de Nicea. Más tarde llegó hasta a afirmar que los Apócrifos estaban sobre los Canónicos.

Parecida a la tesis volteriana fué en un principio la teoría de la escuela de Tubinga. En 1847 afirmaba Cristián Baur que nuestros Evangelios salieron como obra de selección entre la multitud de los Evangelios primitivos apócrifos. Los Canónicos se impusieron, según Baur, porque resultaron los más completos de todos. Afirmaciones que hoy no tienen aceptación ninguna entre los mismos acatólicos, por su falta de consistencia histórica y crítica.

En España, en los años de la República, Edmundo González Blanco lanzó al público una obra en tres tomos sobre los Evangelios apócrifos, con un prólogo firmado en Madrid el 1934, que supone mucha lectura de las obras acatólicas antiguas, pero muy poca de las modernas. El plan es volteriano. Poner los Evangelios Canónicos al par de los Apócrifos. Los nuestros son unos de tantos Evangelios novelescos. Afirmaciones vagas y generales, sin base ni demostración científica ninguna. Los enemigos, pues, del Catolicismo han tratado de aprovechar la literatura apócrifa, que se desacredita por sí sola, para desacreditar también los Evangelios canónicos, que los católicos consideramos como invulnerables. ¿Qué hay de esto?

Podemos afirmar con la autoridad que da el estudio concienzudo y serio, que los Apócrifos no sólo no oscurecen en nada la luminosidad de nuestros cuatro Evangelios canónicos, sino que les sirven de fondo oscuro para hacer resaltar más su valor histórico.

Los Evangelios apócrifos se pueden dividir en dos grupos generales.

Uno cuyo texto ha llegado hasta nosotros completo y otro que sólo ha llegado en fragmentos.

Los Evangelios de texto completo son seis. Cuatro tratan de la Infancia de Jesús. Son el *Protoevangelio de Santiago* (que coincide con el Pseudomateo y el Ev. de la Natividad de María), el *Evangelio de Sto. Tomas*, el *Ev. árabe de la Infancia* y la *Historia de José el Carpintero*.

Los otros dos se refieren al final de la vida de Jesús y de su Madre: el *Ev. de Nicodemo* con los *Actos de Pilato* y el *Tránsito de María* ¹⁷.

Todas ellas son obras de imaginación. El silencio de los Canónicos sobre el principio y fin de la vida de Jesús y de su Madre despertó la piadosa curiosidad de los fieles y con ello su fantasía. Al tronco de la narración histórico-canónica fueron así enlazándose paulatinamente una gran multitud de leyendas.

Estos Evangelios apócrifos, de texto completo, son todos obras recientes, de los siglos IV y V.

Según los estudios modernos no se les puede conceder una antigüedad superior al siglo III ¹⁸.

Por todo lo que nosotros hemos demostrado anteriormente sobre el origen de los Canónicos, es claro que por esta fecha nuestros Evangelios eran univer-

(17) Para bibliografía cfr. *Waltercheid*, *das Leben Jesu nach den neut. Apocryphen*, Düsseldorf, 1932.

(18) Cfr. *Lepin*, *Evangelies canoniques et Evangelies apocryphes*, RA 1 (1905-06) 198-202.

salmente reconocidos como obras del siglo I, de los Apóstoles.

Dado el origen tardío de este primer grupo de Apócrifos, nada tiene de extraño que dependan incluso literariamente de los Canónicos.

El Protoevangelio depende manifiestamente de Mt. y Lc. Es el primero que da los nombres de los padres de la Virgen, de S. Joaquín y de Sta. Ana.

Lo mismo ocurre al Ev. de Tomás y al Ev. árabe de la Infancia.

Prueba clara de la dependencia es que nunca contradicen a los Canónicos, nunca se salen del cauce que ellos trazaron. Se contentan con adornar el contenido tradicional, bordarlo, supliendo su silencio con bellas imaginaciones. Van siempre siguiendo las sombras que proyectan los Canónicos en el viaje a Egipto, en la vida oculta de Nazaret, en las relaciones entre S. José y María, anteriores a la Anunciación. No tratan otros temas sino los que señalan los Canónicos, llenando los vacíos que ellos dejaron para la curiosidad humana.

No introducen otros personajes sino los que salen en los Canónicos, supliendo siempre los datos biográficos que podían interesar a la curiosidad de los cristianos de los siglos III y IV.

Como ejemplo concreto baste el siguiente que tomamos del Pseudomateo ¹⁹.

El Evangelio canónico de S. Mateo dedica a la Infancia de Jesús dos capítulos; el Pseudomateo le

(19) *Tischendorf, Evangelia apocrypha, Leipzig, 1876, p. 73.*

dedica 42 capítulos!!! En el capítulo 13 dice así adornando la narración canónica:

“Después de algún tiempo sucedió que tuvo que empadronarse todo el mundo. Este empadronamiento se hizo por Quirino, Presidente de Siria. José con la bienaventurada María tuvo que empadronarse en Belén, porque de allí descendían los dos, de la tribu de Judá y de la familia de David.

Yendo de camino José y la bienaventurada María, dijo María a José: veo ante mí dos pueblos, el uno que llora y el otro que ríe.

A la cual respondió José: siéntate en tu jumento y no digas palabras superfluas.

Entonces se les apareció un niño hermoso vestido de blanco que dijo a José: ¿Por qué has dicho palabras superfluas?... Y diciendo esto, el Angel mandó parar el jumento, porque se acercaba el tiempo del parto. Mandó a la bienaventurada María que descendiese del jumento y entrase en una cueva, en la que no había luz, sino siempre tinieblas. Porque no podía recibir la luz del día.

Y, habiendo entrado la bienaventurada María, empezó toda a iluminarse, como si fuese medio día. Tal luz divina la esclarecía, que ni de día ni de noche faltaba la luz, mientras estuvo la bienaventurada María. Y parió un niño que en seguida rodearon los ángeles y recién nacido, teniéndose en sus propios pies, fué adorado. Los ángeles le decían: Gloria a Dios en las...”

Como se ve, es un calco de la narración canónica con suplencias de la piadosa y curiosa imaginación.

El primer testimonio, pues, que dan los Apócrifos de texto completo en favor de los Evangelios canónicos, es que los *utilizan*, los explotan, los toman por guías y base de sus narraciones.

Un testimonio todavía más precioso proviene de los elementos propios y exclusivos de los Apócrifos. Examinando las cosas que añaden a los Canónicos, por ejemplo en la narración que hemos antes transcrito, se nota en seguida una tendencia teológica o dogmática. Están compuestos bajo el influjo de las preocupaciones doctrinales en curso. Nos reflejan la fe de los siglos en que nacieron, la evolución o desarrollo en la claridad y precisión con que aquellos cristianos posteriores veían ya los dogmas cristianos.

Los Evangelios canónicos nos hablan del Niño Jesús como de un niño cualquiera, primogénito de una Madre joven que nace en las afueras de Belén porque a sus padres no les han dado puesto en la posada, que tiene que huir a Egipto para escapar de las iras de Herodes, que vive en Nazaret obedeciendo y creciendo como los demás niños. Nada extraordinario y divino en todo esto.

Los Apócrifos tienen que narrar de manera que aparezca la divinidad de aquel Niño y la grandeza de aquella “Madre de Jesús”. Sus autores veían en el Niño al Verbo de Dios y en la Madre a la Madre de Dios y esta fe se ha de patentizar en prodigio tras prodigio.

La idea que más influye en la composición de la Infancia apócrifa es la fe en la divinidad de Jesús. Los cielos se paran, los pájaros se paran también; unos obreros que comen se quedan con la mano suspensa

en el aire; los pastores se quedan también extáticos. Jesús recién nacido se tiene en pie.

En Nazaret, mientras en los Canónicos, una sola frase resume la vida humana de Jesús durante 25 años, los Apócrifos nos dicen que los compañeros de juego, si le molestan o le pegan, caen instantáneamente muertos. El maestro que tiene el atrevimiento de castigarlo una vez por una respuesta impertinente cae también muerto. Tres maestros se esfuerzan vanamente en instruir este niño prodigio. Al primero que quiere enseñarle el alfabeto, da Jesús una lección sobre el sentido alegórico de la letra A. Al segundo lo mata, para resucitarlo después. Al tercero le da una amplia lección de exégesis bíblica.

Niño todavía se convierte en predicador de sus paisanos. Las figuras de barro que hace como los demás niños, tienen la suerte de recibir la vida. Se le rompe el cántaro y lleva el agua a su Madre en las tablillas de la escuela.

En todas estas imaginaciones de la fantasía hay un fondo de verdad y de fe. Con ellas se trataba de dar expresión gráfica e histórica a la idea altísima que los cristianos de los siglos III y IV tenían del Niño de Belén y de Nazaret. No era un niño de tantos. En aquel barro humano se ocultaba la potencia y la sabiduría de Dios.

La virginidad de la Madre de Jesús, tan clara y arraigada en los cristianos de los siglos III y IV, es otra de las preocupaciones dogmáticas que dirige la fantasía en la composición de los Apócrifos.

En suma, estos Evangelios apócrifos no pueden sustraerse a las preocupaciones religiosas de la época.

Con razón en este punto escribe Renán: No uso los Apócrifos porque de ninguna manera se pueden comparar con los Canónicos. Son puras amplificaciones que no tienen otra fuente que los Canónicos y sobre la que no añaden nada utilizable generalmente ²⁰.

Los Evangelios de texto fragmentario, que nos han llegado por las citas de los Padres, son de dos clases: unos escritos con certeza en el siglo II y otros que se remontan al I.

A) APÓCRIFOS DEL SIGLO II

De los catorce que mencionan los antiguos escritores han desaparecido totalmente diez. De estos desaparecidos solamente sabemos que existieron y que circulaban entre los Gnósticos del siglo II o principios del III.

Eran Evangelios que llevaban los nombres de herejes famosos: *Evangelio de Apeles*, *de Basílides*, *de Cerinto*, *de Valentín*.

Hay otros seis con nombres de Apóstoles: *Evangelio de Andrés*, *de Mafias*, *de Judas Iscariote*, *de Bernabé*, *de Bartolomé*, *de Judas Tadeo*. De todos estos hoy no nos queda nada.

Hay cuatro que nos han llegado en fragmentos: *Evangelio de Marción*, *de los Doce Apóstoles*, *Evangelio según Felipe*, *Ev. según Pedro*.

El Ev. de Marción, escrito entre el 125-140 es un compendio del Evangelio canónico de S. Lucas. Omi-

(20) Vida de Jesús (1867) p. LXXXVIII.

te todo lo que se refiere a la Infancia. Las omisiones se explican todas por los prejuicios dogmáticos.

Hoy opina así toda la Crítica ²¹.

El Evangelio de los Doce Apóstoles data de principios del siglo III. Los fragmentos confirman que era el Ev. de S. Mateo falsificado y mutilado.

Dos fragmentos que no tienen paralelos con los Canónicos expresan las tendencias antisacrificales de los herejes que lo usaban, los Encratitas.

El Evangelio de S. Felipe era de origen gnóstico, mencionado por vez primera por S. Epifanio ²².

El Evangelio de Pedro es el más importante de estos cuatro. Tenemos una edición completa y crítica hecha por León Vaganay en 1930 ²³.

Según este autor se escribió en Siria hacia el año 130.

Revela claramente el uso de los cuatro Evangelios canónicos, que modifica según las tendencias docetistas del autor. Es, pues, un argumento sólido de la existencia de los cuatro Evangelios canónicos en Siria, al principio del siglo II ²⁴.

Estos cuatro Evangelios convienen en ser posteriores al siglo I, en depender literalmente de los Canónicos. Fuera del de Marción, todos se han encubierto y autorizado con nombres de Apóstoles.

A pesar de su nombre, no privan en la Iglesia. Son considerados como heréticos y rechazados del canon.

(21) Cfr. *Bebb*, art. Luke, DBH III, p 169.

(22) Adv. haer. I, 26, 13 (PG 41, 351).

(23) *L. Vaganay*, *L'Evangile de Pierre*, París, 1930.

(24) Id. ib. p. 43-65; 147-163; 176-180.

En cambio, los cuatro Canónicos, sin título ni nombre de Apóstoles, son reconocidos universalmente como apostólicos. Este hecho no tiene otra explicación que la realidad, la verdad histórica, la genuinidad.

B) EVANGELIOS DEL SIGLO I?

Hay dos Evangelios apócrifos que han merecido el honor de ser comparados con los Canónicos por algunos críticos independientes: *El Evangelio de los Hebreos* y *el Evangelio de los Egipcios*. Hay quienes los ponen en el siglo II. Aunque sean obras del siglo I, nada se prueba contra los Canónicos. Ambos dependen de ellos. Luego son posteriores.

La índole del *Evangelio de los Hebreos* se ha discutido mucho. Es discutible aun hoy día si fué una cosa con el de los Nazarenos y Ebionitas.

Lo conocemos por las noticias de S. Jerónimo, que los tradujo del original al griego y al latín. San Jerónimo nos dice que este Evangelio escrito en caldeo o arameo estaba en uso en la secta de los Nazarenos, quienes lo consideraban como el texto original de S. Mateo. Los pocos fragmentos que conocemos muestran grandes semejanzas con el primer Evangelio. La idea que hoy domina en la Crítica es que el Evangelio de los Hebreos es una retractación o elaboración del texto arameo de S. Mateo. Es anterior al 150. Su nombre se debe a los cristianos de lengua aramea de Siria y Palestina, llamados Nazarenos comunmente.

En todo caso fué el Evangelio de S. Mateo retocado con interpolaciones y elementos legendarios.

El mismo Jülicher-Fascher confiesa que no fué sino el Ev. de Mt. modificado ²⁵.

El Evangelio de los Egipcios, a juicio de Höpfl ²⁶, nació ciertamente en la segunda mitad del siglo II, en Egipto. De él usaron diversos herejes. Los fragmentos prueban claramente su índole herética. Entre otras cosas reprueba el matrimonio. Es falso que este Evangelio fuera recibido de todos los judío-cristianos de Egipto. Desde un principio se tuvo por apócrifo y herético.

San Epifanio dice que los Sabelianos lo utilizaban para probar su herejía sobre la Trinidad ²⁷.

En resumen, sobre estos dos Evangelios, se puede decir que la mayoría de los autores católicos se inclina a que son también del siglo II, sobre todo el de los Egipcios.

El de los Hebreos muy probablemente se escribió en arameo durante el siglo I y después se tradujo al griego en el siglo II ²⁸.

Todos los autores, aun la mayoría de los acatólicos, están conformes en admitir la dependencia de estos dos más antiguos respecto del canónico de San Mateo.

Resumiendo, se puede por tanto afirmar que todos los Evangelios apócrifos son posteriores a los Canónicos, que *los utilizan*, que *los completan* y que *los*

(25) Enleitung in das N. T., Tübingen, 1931, p. 282.

(26) Introd. vol. I, Roma, 1926, p. 101-102; *Altaner* (p. 85), lo hace posterior al 150.

(27) Adv haer. II, 62, 2 (PG 41, 1051).

(28) Cfr *Cornely-Merk*, n. 339. 1; 38. 1; *Höpfl*, vol I, Roma, 1926, p. 102; *Altaner* (p. 35), se contenta con decir que es anterior al año 150.

deforman en muchos casos según las tendencias dogmáticas.

Son *de origen impreciso, de autores desconocidos*, aunque muchos se cubran con los nombres gloriosos de varios Apóstoles.

Ninguno de ellos *fué reconocido universalmente* como libro *sagrado* y, aunque alguno fuera admitido por alguna Iglesia particular, *fué sólo transitoriamente* hasta que se alzó la protesta de algún obispo más entendido y celoso.

Todo esto habla muy alto en favor de los Canónicos, admitidos por toda la antigüedad en todas las Iglesias, con universalidad de tiempo y de espacio, como libros sagrados y apostólicos.

Habla también muy alto en favor del *espíritu crítico de los católicos*. No bastaba para que la Iglesia admitiese como apostólico un libro que llevase en su portada el nombre glorioso de un apóstol. Debía constar claramente de la genuinidad del título. Había que examinar la historia y génesis del libro. Si las pruebas no eran satisfactorias, el libro era postergado aunque no contuviese ningún error contra la fe y las costumbres. El criterio era siempre el mismo: la tradición, lo recibido. Un criterio de rigurosa crítica histórica.

3. Testimonio de los paganos

Los gentiles de los primeros siglos se preocupan bien poco del Cristianismo. Lo desprecian, como una secta más, o lo confunden con el judaísmo.

En la época de las persecuciones, se comprende ya la importancia que tienen los Evangelios para los cristianos. Los Evangelios son arrancados a los mártires de sus propias manos. Contra ellos escriben Porfirio, Proclo y sobre todo Celso.

Examinemos sobre todo la actitud de *Celso*, el Voltaire del primitivo cristianismo. Filósofo pagano y acérrimo enemigo de los cristianos.

Para refutar científicamente la secta cristiana acude a sus libros y escoge por sistema poner en ridículo lo que encuentra en ellos.

En los trozos que nos ha conservado Orígenes dice que Jesús existió hace poco tiempo y que los cristianos lo tienen por Hijo de Dios ²⁹. Se jacta de conocer bien la doctrina cristiana ³⁰ en parte por relaciones orales, pero sobre todo por los libros cristianos. Lo que dice lo toma de las escrituras mismas de los cristianos que se degüellan con su propia espada ³¹.

¿Qué libros son estos? Libros escritos por los discípulos de Jesús, libros comunes a todos los cristianos, aun aquellos que se han separado de la Iglesia Madre ³². Orígenes precisa muchas veces el lugar de S. Mateo y S. Juan, donde Celso se ha inspirado ³³.

Esto prueba claramente, que Celso, enemigo acérrimo de los cristianos, tuvo entre sus manos nuestros Evangelios, como obras apostólicas.

(29) Contra Celsum, I, 26 (PG 11, 710).

(30) Id. íb. col. 677.

(31) Col. 910.

(32) Col. 819 s. 1279.

(33) Col. 734. 785. 851 s. 855. 1270.

4. Síntesis sobre el valor del testimonio externo

Una ojeada de conjunto sobre los testimonios externos que hemos examinado dará idea de su autoridad y enorme fuerza probativa.

Los Cuatro Evangelios Canónicos han llegado hasta nosotros como obras de dos Apóstoles, S. Mateo y S. Juan, y de dos discípulos de los Apóstoles, S. Lucas y S. Marcos. Desde el siglo IV hasta el XIX todos lo afirman y lo creen sin la menor duda. En el siglo XIX empiezan las dudas y los sistemas científicos para combatir esa fe. ¿Se puede combatir realmente en nombre de la ciencia? ¿Se debe conservar esa fe en nombre de la Ciencia y de la Crítica histórica?

Se debe ciertamente conservar. La cadena de afirmaciones y testimonios que llega hasta nosotros desde el siglo IV, empalma con otra serie de afirmaciones y testimonios que llegan hasta los orígenes mismos del Cristianismo. Nuestra fe en los autores de los Cuatro Evangelios Canónicos no se pierde en las penumbras de la leyenda y de lo desconocido.

Desde el siglo IV hasta el siglo I cristiano, se extiende una cadena fuertemente eslabonada de afirmaciones claras, serias, universales y constantes, que nos lleva hasta S. Mateo, S. Marcos, S. Lucas y San Juan.

Toda la literatura del siglo IV, del siglo III y del siglo II, está llena de testimonios en favor de la genuinidad de los Evangelios.

Un testimonio fuerte y apodíctico que se extiende de constante en el espacio y en el tiempo. Llena sin

interrupción tres siglos y abarca todas las regiones y las Iglesias.

Participan de nuestra fe todos los representantes de las Iglesias de los siglos IV, III y II. La Iglesia de Africa con Tertuliano y S. Cipriano; la Iglesia de Alejandría con Orígenes, Clemente y Panteno; la Iglesia del Asia con Justino y Papías; la Iglesia de Siria y Antioquía con Teófilo, Taciano y S. Ignacio; la Iglesia de Acaya con Dionisio de Corinto y Hegesipo³⁴ la Iglesia de Lyon en occidente con S. Ireneo; por último la Iglesia madre de todas las Iglesias, la Iglesia de Roma con el Fragmento de Muratori, San Hipólito, S. Clemente, S. Ireneo y S. Justino.

La mayoría de los testimonios representan la Iglesia universal y católica. S. Justino recorre toda el Asia proconsular y muere en Roma; Taciano se convierte en Roma y vive en Siria, Cilicia y Pisidia; Ireneo se educa en Esmirna, trabaja en Francia y está en contacto con Roma; Clemente nace probablemente en Atenas y allí se hace cristiano, visita Italia, Siria, Palestina y enseña en Alejandría.

Orígenes se educa en Alejandría, visita Roma y vive gran parte de su vida en Oriente.

Muchos de ellos han abrazado el Cristianismo ya hombres, después de madura reflexión y de conocer toda la filosofía religiosa de su tiempo. Así S. Justino, Taciano, Clemente y Tertuliano.

Son todos hombres de ciencia y de crítica ; lo más representativo de aquellos primeros siglos.

(34) Ap Euseb. HE IV, 23 y 22 (PG 20 389. 384).

No se trata solamente de testimonios cristianos, sino que los hay de herejes y aun de paganos.

Se trata, sobre todo, de un testimonio oficial, no de individuos y de particulares, que pueden errar y aun apasionarse, se trata del testimonio de una comunidad entera esparcida por todo el mundo civilizado, que no discrepa en sus enseñanzas, que está profundamente convencida, no vacila en sus afirmaciones, las vive muere por ellas. Se siente obligada a vivir conforme a la doctrina de los Evangelios y aun a morir por ella.

Se trata del testimonio de una comunidad que no acepta todos los libros, por especiosos que sean sus títulos, que rechaza la mayoría de los que se llaman Evangelios y obras de Apóstoles y se queda solamente con Cuatro entre casi 50 que se le presentan.

Una comunidad que no tiene más norma que la verdad, lo recibido de la antigüedad, de los Apóstoles, de Jesucristo mismo.

Tal testimonio es único en su especie; no hay libro ninguno en el mundo que pueda presentar señales mas sólidas y apodícticas de su genuinidad.

LECCIÓN VI

La genuinidad de los Evangelios y el examen interno

Testimonios extrínsecos al texto mismo de los Evangelios nos han dicho que sus autores son precisamente los que comúnmente se cree: dos apóstoles y dos discípulos de los Apóstoles. ¿En qué relación están estos datos con el texto mismo de los libros sagrados, con lo que se viene llamando testimonio interno? ¿El análisis intrínseco del texto confirma los datos de la tradición u ofrece alguna dificultad inconciliable?

Podemos responder con la unanimidad de los autores modernos, que *la lectura misma de los Evangelios nos obliga a creer que fueron escritos en pleno siglo I*, que los tres primeros Evangelios son anteriores al año 70, y el último, el de S. Juan, pertenece al último decenio.

Empecemos por el examen del Evangelio de San Mateo.

1. El Evangelio de S. Mateo

En la casi totalidad de los manuscritos y en todas las ediciones impresas, el Evangelio de S. Mateo es el primero. Y es que siempre se le ha considerado como el Evangelio más antiguo.

En esto está de acuerdo toda la tradición cristiana. El Evangelio de S. Mateo fué el primero, escrito

en Palestina y para los judíos, en su lengua nacional. La Pontificia Comisión Bíblica en su decreto VIII, de 19 de junio de 1911, recoge este sentir unánime de la tradición y concreta que la redacción del Evangelio de S. Mateo no se puede posponer a la destrucción de Jerusalén por el ejército de Tito, el año 70 de la era cristiana ¹.

La lectura del libro no sólo no contradice en nada este juicio, sino que lo corrobora extraordinariamente.

Los mejores críticos están acordes en reconocer *el espíritu palestinese y judío* de la obra. Desde la primera página del Evangelio nos encontramos sumergidos en los recuerdos y en la atmósfera del Antiguo Testamento.

La genealogía, que abre la narración evangélica, es de tipo enteramente judío.

Al revés de Lucas, que por su carácter de universalidad nos hace llegar hasta Adán, padre de todos los hombres, S. Mateo se queda en Abraham, padre del pueblo judío.

El reino de los cielos que viene a predicar es el reino predicado en los profetas. En todo tiende San Mateo a hacer ver la perfecta continuidad que hay entre la obra de Jesús y la de Moisés. No viene Jesús a destruir la antigua Ley, sino a perfeccionarla: No penséis que he venido para abrogar la Ley o los Profetas; no he venido a abrogar, sino a perfeccionar ².

(1) ASS 3 (1911) 294-296; EB 401-407.

(2) Mt. 5, 17.

El Evangelio de la Infancia tiende a hacer ver a los Judíos que Jesús de Nazaret es el Mesías prometido en la Ley y en los Profetas. Los sucesos más pequeños de sus primeros años estaban predichos por los Profetas: el nacimiento de una Virgen-Madre, el nacimiento en Belén, la vuelta de Egipto, la muerte de los Inocentes, son otros tantos sucesos señalados en los Profetas ³.

En la vida pública ocurre lo mismo. S. Mateo se complace en ilustrar su narración con textos del Antiguo Testamento. La predicación del Bautista en el desierto, la de Jesús en Galilea, los milagros de Jesús, la predicación en parábolas, la entrada triunfal en Jerusalén, la traición de Judas van precedidas de frases como esta: “a fin de que se cumpliese lo dicho por el Profeta” ⁴.

La argumentación de S. Mateo se basa en las Escrituras antiguas. Prueba clara de que se dirige a Judíos que las conocían y las estimaban. Los procedimientos literarios, el vocabulario, las alusiones a las costumbres judías prueban lo mismo.

Hay frases enteramente judías y casi exclusivas de S. Mateo.

Reino de los cielos, en vez de reino de Dios que usan S. Lucas y S. Marcos, sale 32 veces en S. Mateo. Tiene por fin condescender con el escrúpulo judío que había sustituido el nombre sacrosanto de Dios por el nombre de cielo.

(3) 1, 23; 2, 6. 15. 18.

(4) 3, 3; 4, 15. 16; 8, 17; 13, 15; 21, 5; 27, 9. 10.

La consumación del siglo, el Padre que está en los cielos, la carne y la sangre, en el sentido de poderes puramente materiales; las metáforas de yugo de la doctrina, atar y desatar, las puertas del infierno para designar los poderes infernales o el poder de la muerte, la descripción del infierno con las tinieblas exteriores, el llanto y el crujir de dientes, son otras tantas frases de uso judío frecuente.

Los lectores del primer Evangelio conocen perfectamente lo que *se ha dicho a los antiguos*, la gama de los juicios rabínicos, *tribunal, Sanhedrín y gehenna*; la forma de los caracteres hebraicos; lo que es una *generación adúltera*, un *prosélito* y un *hijo de la gehenna* ⁵.

Las alusiones a los hombres y a las cosas, los adversarios a quienes el Maestro se refiere, todo es reflejo exacto del paisaje galileo o de las costumbres de una sociedad que debía ser devorada por la gran catástrofe del año 70 ⁶.

Hay expresiones protocolarias en el Evangelio de S. Mateo para designar la tierra de Palestina o su capital, que muestran a las claras que todavía el pueblo judío subsiste como nación, con tierra y ciudades propias.

La Palestina es *la tierra de Israel*, sus ciudades, *las ciudades de Israel*; Jerusalén *la ciudad santa*.

S. Marcos y S. Lucas omiten una frase de Jesús en la que circunscribe su misión personal a los límites de

(5) 5, 21. 18; 12, 39; 23, 15.

(6) *Huby*, p. 60.

Israel: *No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel* ⁷.

El interés que tiene S. Mateo en desacreditar a los Escribas y Fariseos prueba claramente lo que el 1911 notaba ya Streeter: "A cada paso sentimos que S. Mateo escribe para gentes a cuyos ojos el judaísmo farisaico tiene aún fuerza muy real y muy pujante" ⁸.

El Evangelio ha recogido todas las palabras o actos de Jesús que muestran que él no tiene cuenta con las adiciones y sutilezas de la casuística farisaica. No se ciñe jamás a los ayunos de los fariseos y libra de ellos a sus discípulos ⁹; no observa las prescripciones numerosas con que han rodeado la guarda del sábado ¹⁰; lejos de huir del trato de los publicanos y pecadores, los busca y los recibe con benevolencia para salvarlos ¹¹; rompe con indignación la red de observancias inventadas por los Escribas, con sus rebuscadas distinciones entre lo puro y lo impuro ¹².

Ninguno de los 4 Evangelistas es tan completo como S. Mateo en las diatribas y aun discursos de Jesús contra la hipocresía de las clases directoras del judaísmo. El capítulo XXIII es prueba de esta afirmación.

La, oposición entre Jesús y los Jefes del pueblo judío es uno de los distintivos del Evangelio de San Mateo.

(7) Mt. 15, 24.

(8) *B.H. Streeter*, Oxford Studies in the Synoptic Problem, 1911, p. 220.

(9) 9, 14-17.

(10) 12, 7-13.

(11) 9, 10-13.

(12) 15, 1-20.

Tenía importancia esta nota dado el tiempo en que escribía S. Mateo y dados los lectores a los cuales se dirigía. Los Fariseos tenían el prestigio de la ciencia, el pueblo sencillo les daba el título de Maestros y Doctores. Tenían también el prestigio de la piedad por sus ayunos y oraciones; Podían, pues, influir en la masa general de los cristianos venidos del judaísmo. El influjo judío se notó bien claro en la primera comunidad de Jerusalén. Las primeras luchas versaron precisamente sobre la armonización entre la Ley antigua y la nueva.

Este peligro no tenía lugar después, cuando los judíos quedaron dispersos, sin templo y sin capital, después de la ruina de Jerusalén.

Por esto el carácter judío del Evangelio de San Mateo no se explica, si no se escribió antes del año 70.

Estas observaciones sólo prueban la antigüedad del Evangelio de S. Mateo.

Se encuentran también indicios a favor del mismo S. Mateo, como autor.

S. Mateo fué un empleado oficial del fisco romano. Y en el primer Evangelio notamos que su autor pone especial atención a esta materia tributaria. Sólo el primer Evangelista nos cuenta cómo Cristo pagó dos didracmas por sí y por Pedro, suma anual que debía pagar todo israelita al Templo.

Sólo el primer Evangelista nos dice que había una moneda propia para pagar el tributo al Emperador, mientras el segundo y tercer Evangelista emplean la palabra común de denario.

S. Jerónimo nota cómo los demás Evangelistas, cuando narran la vocación de S. Mateo, no dan el nom-

bre con que se le conocía entre los fieles, sino el de Leví. Sólo nuestro Evangelista se designa a sí mismo con el nombre de Mateo, ¿Por qué esta diferencia?

La vocación del Apóstol, aunque gloriosa por su fiel y pronta correspondencia al Señor, esta unida a cierta humillación y deshonra por razón del cargo y oficio que ejercía en el momento de ser llamado. Era cobrador de tributos, estaba sentado en la mesa de alcabalero. Datos todos ellos humillantes para el Evangelista, en aquella sociedad judía y romana que tan mal concepto tenía de estos empleados del fisco.

S. Mateo puede libremente buscarse esta humillación; los otros, por delicadeza, callan el nombre más común y ponen otro menos conocido ¹³.

El título de publicano se encuentra a continuación del nombre de Mateo, sólo en el primer Evangelio. S. Marcos y S. Lucas lo suprimen al poner el nombre de Mateo en el catálogo general de los Apóstoles. En el primer Evangelio se encuentra incluso después del nombre de Tomás ¹⁴.

Este interés en rebajar a Mateo en el primer Evangelio comparado con la manera delicada y horosa con que lo tratan los otros Evangelios, revela la mano del propio S. Mateo. Es la explicación más obvia. Es una confirmación clara del testimonio de la tradición.

(13) S. Jer. Com. in Mt. 9,9 (PL 26, 55).

(14) Mt. 10. 3; para el Censo cfr, nt, 17,245; 22, 19; Mc 12, 15 y Lc. 20,24.

2. El Evangelio de S. Marcos

La tradición nos ha presentado el Evangelio de S. Marcos como íntimamente relacionado con S. Pedro. Lo llaman el Evangelio de Pedro. Dicen que se escribió en Roma, a ruego de aquellos fieles, en vida aún del gran Apóstol.

Veamos si la lectura del Evangelio confirma estos datos o los contradice.

El Evangelio de S. Marcos ha sido el menos comentado y estudiado en la antigüedad cristiana. Hoy en cambio llama la atención de todos los estudiosos. Y es que el segundo Evangelio responde a una necesidad de nuestra época, que busca el detalle en la sencillez. Y esta es la característica de S. Marcos.

En medio de su brevedad –no contiene más que 746 versículos contra 1.068 de S. Mateo y 1.140 de S. Lucas– es el más pintoresco y el más concreto de los Sinópticos. En las narraciones comunes se distingue por los pormenores tomados de la realidad que ha vivido.

S. Marcos no fué discípulo del Señor, pero nos transmite los recuerdos de un testigo y de los más íntimos: de S. Pedro. Esto es lo que nos dice la tradición.

Veamos si guarda este Evangelio alguna relación con el Príncipe de los Apóstoles.

Leyendo el Evangelio segundo, se nota en seguida que el *autor se fija de una manera especial en los hechos y pormenores que se relacionan con S. Pedro.*

El plan general del Evangelio es el mismo que S. Pedro ha trazado en sus sermones conservados por S.

Lucas en el libro de los Hechos, “empezando desde el bautismo de Juan hasta el día en que subió a los cielos” ¹⁵.

El Señor empieza su actuación pública con la vocación de S. Pedro ¹⁶.

Los hechos sucedidos en casa de S. Pedro, en Cafarnaún, están bastante más detallados en el segundo Evangelio que en los otros ¹⁷.

Hay también hechos indiferentes, que los otros Evangelios callan, pero que se notan en el segundo, porque se trata de hechos en los cuales toma parte activa el Príncipe de los Apóstoles ¹⁸.

En suma, *la actuación de S. Pedro se refleja mucho mejor en el segundo Evangelio* que en los otros.

Con este particular, que los hechos más gloriosos de S. Pedro se suprimen aquí. Así, nada se dice de la famosa promesa de Jesús: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia ¹⁹.

Esto se explica muy bien en el segundo Evangelio, si suponemos con la tradición que está escrito por S. Marcos y con el propósito especial de reproducir la predicación de S. Pedro. Es obvio que Pedro hiciese resaltar los hechos en que había tomado parte muy activa; sus pormenores los conservaba muy frescos por la impresión recibida. Pero, cuando ya se trataba de cosas más honrosas para él, es obvio que las callase.

(15) Act. 1, 21 s.; 10, 34-43 Cfr. Mc. 1, 1-4; 16, 19 s.

(16) Mc. 1, 16-18.

(17) 1, 29-34.

(18) 1, 35-38; 5, 37-43.

(19) Mt. 16, 18.

En cambio, las negaciones que notan todos los Evangelios, se detallan más en S. Marcos. Y es que Pedro tampoco las callaba en su predicación.

La omisión del primado tiene más importancia, si se advierte que no se calla la reprensión que siguió a aquella escena ²⁰.

Con razón escribió Eusebio: Justamente calló Pedro lo del primado y con él Marcos; mas lo que se refiere a sus negaciones, lo publicó a todos los vientos ²¹. S. Juan Crisóstomo da la misma explicación ²².

La lectura, pues, del libro hace sospechar vehementemente que su autor o ha sido S. Pedro o alguno que se ha dirigido en todo por los consejos de San Pedro.

La tradición también nos dice que el segundo Evangelio se escribió *para los cristianos venidos de la gentilidad y de Roma*, en concreto.

Este aserto encuentra también su confirmación en el texto del libro.

Las palabras arameas que nos ha conservado el autor las explica siempre y da su equivalente griega ²³.

Los usos y costumbres de los judíos se explican siempre. Así cuando habla de los lavatorios y purificaciones que los gentiles no entendían, la fiesta de la Pascua, la víspera del sábado ²⁴.

(20) 8, 33; 14, 37.

(21) Demonstr. evang. 3, 5, 92 (PG 22, 217).

(22) In Mt. hom. 58, 2 (PG 58, 568).

(23) Cfr. 3, 17; 5, 41; 7, 11, 34; 15, 22, 34; 10, 46; 14, 36.

(24) 7, 1-23; 14, 12; 15, 42.

Suprime lo que a los gentiles no interesaba, como las cuestiones referentes a la Ley, las diatribas contra los Escribas y Fariseos, la huída en día de sábado... ²⁵.

La universalidad de la predicación evangélica entre todas las naciones la hace resaltar con frases que no están en el lugar paralelo de S. Mateo ²⁶.

Lo que podía ofender a los paganos, como la respuesta del Señor a la mujer sirofenisa, se mitiga o se suprime del todo, como la orden de predicar a sólo los judíos dada a los Apóstoles en vida del Señor ²⁷.

La creencia de que el Evangelio se escribió en Roma no sólo no se contradice en el texto, sino que la confirman también varios indicios.

Supone ya conocidos de sus lectores a Alejandro y Rufo ²⁸, dos cristianos muy probablemente de la comunidad de Roma, por lo que dice S. Pablo ²⁹.

Los latinismos del Evangelio segundo son también muy significativos, sobre todo si se comparan con los otros Evangelios. Por esto escribe Lagrange: "Si no prueban apodícticamente que el segundo Evangelio ha sido escrito en Roma, por lo menos sugieren que su autor estaba más familiarizado con el mundo latino de lo que estaba de ordinario un griego de Palestina; y todo se explicaría fácilmente de haberse escrito en Roma" ³⁰.

(25) Cfr. Mt. 5-7. 23; Mc. 12, 37-40; Mt. 24, 20; Mc. 13, 18.

(26) Mc. 11, 17 comparado con Mt. 21, 13.

(27) Cfr. Mc. 7, 27; Mt. 1, 26; 10, 5; 15, 24.

(28) 15, 21.

(29) Rom. 16, 13.

(30) Ev. selon St. Marc. París, 1911 XVII.

Los latinismos en el Evangelio de S. Marcos han originado en algunos autores ³¹ la creencia de que había sido escrito en latín. Pero esta opinión ni ha prevalecido ni tiene serio fundamento.

El examen interno del libro confirma el sentir de la tradición.

Añadamos una razón más en favor de la autenticidad del segundo Evangelio. *La persona de San Marcos* no tiene en la antigüedad tal importancia, que de no haber sido realmente el autor del libro, se hubieran interesado los cristianos en atribuirle a él en particular una obra que no era suya con el solo fin de autorizarla. Lo más razonable hubiera sido atribuirla a un apóstol de significación y relieve. El hecho, pues, de haberlo atribuído a S. Marcos, no se puede fundar sino en la realidad misma de las cosas y de la historia.

3. El Evangelio de S. Lucas

El prólogo con que se abre el tercer Evangelio nos indica ya su grande antigüedad. Es una obra que se escribe, cuando viven aun los testigos presenciales de la vida de Jesús. Su autor los ha tratado, les ha preguntado, se ha informado, ha oído “a aquellos que desde un principio fueron testigos de vista y ministros de la palabra”.

(31) Entre los antiguos *S. Efren, Eutiquio de Alejandría*. Entre los modernos *Baronio, Belarmino*. En nuestros días *L. Couchoud, F.C. Burkitt*.

El prólogo, pues, está en plena armonía con lo que nos dice la tradición sobre el autor del tercer Evangelio. Se trata de un hombre de la primera generación cristiana, aunque no fué discípulo inmediato de Jesús. Sus informes los ha recibido de los Apóstoles y demás discípulos del Señor.

Por la manera como describe el tercer Evangelio la infancia de Jesús, por la manera como habla de María, hay quienes creen probable que el autor oyera contar estos hechos de los labios mismos de María Santísima ³².

Dos veces nota el autor que María conserva en su corazón los hechos referentes a Jesús ³³.

Plummer nota en la narración de S. Lucas cierto colorido femenino que revela la fuente donde se ha inspirado ³⁴.

El autor del tercer Evangelio se presenta en la tradición como íntimamente *unido con S. Pablo*, como discípulo y compañero suyo. Y no hay duda que, leyendo su libro, se confirma uno en esta misma idea.

El espíritu del tercer Evangelio es netamente paulino.

El mensaje divino de Jesús se ve a través del prisma de S. Pablo que confiere a Lucas la inteligencia profunda del misterio de Cristo. Es lo que dijo Tertuliano con frase felicísima: "Pablo fué el iluminador de Lucas" ³⁵.

(32) Cfr. Baldi, *L'Infanza del Salvatore*, Roma, 1925, p. 319-329.

(33) 2, 19, 51.

(34) *The Annuntiation*, DBH I, 75.

(35) Adv. Marc. 4, 3 (PL 2, 365; J 340).

La filantropía de Dios, tan característica del evangelio de S. Pablo, resplandece de manera extraordinaria en S. Lucas.

Sobre el rostro de Cristo resplandece la bondad misericordiosa, la benignidad que se inclina sobre todas las miserias y sobre todas las enfermedades.

Es el Salvador de todos los hombres, de todos los pueblos y de todas las razas, porque todos son hijos de Dios. La genealogía de Jesús, mientras en el Evangelio de S. Mateo no pasa de Abraham, padre del pueblo judío, en el de S. Lucas se remonta hasta Adán, padre del género humano.

Todo los hombres son objeto del beneplácito divino. El Mesías será la luz que ilumine a las naciones. Por esto toda carne verá la salud de Dios.

Nadie queda excluido del mensaje de Jesús, del reino que predica; Las narraciones y parábolas propias de S. Lucas tienden a hacer resaltar el aspecto universalista y misericordioso del mensaje cristiano. Propias del tercer Evangelio son las parábolas del Buen Samaritano, de la oveja perdida, de la dracma, y del hijo pródigo.

Dante llamó justamente a S. Lucas el “escriba de la mansedumbre de Cristo”³⁶.

Se ha notado con razón el papel importante que desempeñan las mujeres en el tercer Evangelio. El paganismo había rebajado la condición de la mujer. S. Pablo, en cambio, había proclamado la igualdad de todos en Cristo: No hay judío ni griego, esclavo ni li-

(36) De Monarch, 1, 16 (edic. Wite, 1874, p. 33).

bre, hombre o mujer: porque todos vosotros sois uno en Cristo ³⁷.

Todo esto revela claramente que el autor del tercer Evangelio estuvo influenciado por S. Pablo. Se han notado hasta muchos parecidos de vocabulario y fraseología. Harnack cuenta hasta 84 *términos* comunes a S. Lucas y S. Pablo, que no se encuentran, por otra parte, en los demás Evangelios.

La tradición pinta también a S. *Lucas como médico*. Estudios especiales han revelado en su Evangelio esta cualidad. Su autor emplea los términos técnicos de la medicina al describir las enfermedades; las curaciones las describe con precisión. A Cristo lo pinta también como médico de las almas. Sólo S. Lucas trae el refrán: “médico, cúrate a ti mismo” ³⁸. La observación de S. Marcos respecto a la hemorroísa que “había sufrido mucho en manos de médicos y gastado su hacienda sin lograr alivio, antes empeorado”, se halla en S. Lucas muy mitigada. Como médico suprime las frases que podían menoscabar su profesión ³⁹.

W. K. Hobart escribió en 1882 un libro sobre el lenguaje médico de S. Lucas. Tesis que aprueban muchos autores católicos y acatólicos ⁴⁰.

Se puede concluir que el examen interno del tercer Evangelio confirma la tradición universal de que fué escrito por Lucas, médico y compañero de Pablo ⁴¹.

(37) Gal. 3, 28.

(38) 4, 23.

(39) Cfr. Mc. 5, 26; Lc. 8, 43-47.

(40) W.K. Hobart, *The medical language of St. Luke*, Dublín, 1882.

(41) AAS 4 (1912) 463-465; EB 408-416.

4. Evangelio de S. Juan

Leyendo el cuarto Evangelio sin prejuicio saca uno la convicción de que su autor es S. Juan, el discípulo amado de Jesús.

Es evidentemente *obra de un judío de Palestina* por el conocimiento que revela de las Escrituras, de los usos y costumbres judías, de la geografía, de los partidos y rivalidades ⁴².

Es además un *testigo ocular*, como se designa a sí mismo, y lo prueban además las circunstancias y pormenores que inserta en las narraciones ⁴³.

Es un *apóstol* y lo que es más importante, es el *Apóstol "a quien amaba Jesús"* con especial afecto.

El autor se presenta como testigo y como el discípulo a quien amaba Jesús.

Quien escribe esta obra ha visto la gloria del Verbo Encarnado; sus ojos han contemplado el pecho abierto de Jesús ⁴⁴.

Al final del libro tenemos un testimonio, del autor o de sus amigos, donde se afirma que *quien escribe es el Discípulo Amado* ⁴⁵.

¿*Quién es el Discípulo Amado?* Es ciertamente testigo de cuanto escribe, discípulo de Jesús, apóstol de los más íntimos. Reclinado sobre el pecho de Jesús en

(42) 1, 38. 41. 42; 19, 13. 17; 13, 18; 19, 37; 2, 6; 7, 2. 14. 22. 37; 3, 23; 4, 5. 6. 11; 5, 2; 11, 54.

(43) 1, 14 (cfr. 1, Jn. 1, 1-3); 19, 35 (1 Jn.; 5, 6-8); 21, 24; cfr. 1, 29. 35. 39; 2, 1; 4, 6. 52; 11, 6.

(44) 1, 14; 19, 35.

(45) 21, 24 comparado con 21, 20.

la última cena, por iniciativa e indicación de Simón Pedro, pregunta al Maestro quién es el traidor. En la hora suprema en que muere Jesús se encuentra presente en el Calvario y recibe el delicado encargo de tomar por Madre la propia Madre de Jesús.

En los días de la Resurrección le vemos íntimamente unido con Simón Pedro. Está con él en el Cenáculo, cuando María Magdalena trae la noticia del sepulcro vacío Pedro y el discípulo Amado se ponen en camino y llega primero el discípulo Amado, pero no se atreve a entrar hasta que Pedro llega, por deferencia, sin duda, para con el Príncipe de los Apóstoles.

Se le encuentra en Galilea en la primera aparición de Jesús junto al lago y con Simón Pedro ⁴⁶.

El Discípulo a quien Jesús amaba es evidentemente un apóstol, un apóstol de primer orden: *San Juan*. Entre los predilectos de Jesús encontramos, según los Sinópticos, a Pedro, a Santiago y a Juan ⁴⁷.

El Discípulo a quien amaba Jesús se distingue siempre de Pedro, pues es su compañero inseparable, como hemos visto antes.

No quedan entre los predilectos sino los dos hijos del Zebedeo. Y el discípulo amado no es ciertamente Santiago, pues Santiago muere hacia el 44, muy temprano, y nuestro Evangelio se escribe muy tarde, hacia fines del siglo I. (Supongo que el Discípulo Amado es el autor, como he probado antes y ahora trato solamente de averiguar quién es este discípulo amado.)

(46) 13, 23; 19, 265; 20, 2-9; 21, 7-20.

(47) Mc 5, 37; 9, 2; 14, 33.

No queda, pues, entre los tres predilectos, sino Juan. Este es el discípulo a quien Jesús amaba especialmente.

Hay un motivo mas para identificar a S. Juan con el Discípulo Amado y con el autor del cuarto Evangelio.

El *P. Chapman*, observando los nombres de apóstoles que salen en el IV Evangelio y el silencio absoluto sobre Juan, Santiago el Mayor y aun toda la familia Zebedea, deduce con sobrada razón que este *silencio intencionado* del autor, no se explica, si no es Juan mismo quien escribe.

No se explica que el autor no nos dé nunca el nombre del Discípulo Amado, nombrándolo como lo nombra tantas veces.

Y tampoco se explica que el autor no mencione para nada a Juan, a su hermano y a sus padres.

El nombre de Juan Apóstol sale 17 veces entre los tres Sinópticos, según el cómputo de Chapman ⁴⁸.

(48) *J. Chapman*, Names in the fourth Gospel; The Journal of theological studies, 1929, p. 16 trae esta lista de las veces que salen los apóstoles en los cuatro Evangelios, descontados los catálogos de los Apóstoles.

	Mt.	Mc.	Lc.	Jn.
Pedro	26	25	29	40
Juan	2	9	6	
Santiago	2	9	4	
Andrés	1	3		5
Sant. Men.	1	2	1	
Tomás				7
Felipe				12
Mateo	1			
Judas				1
Judas Isc.	4	2	3	8
Hijos Zeb.	3			1
	40	50	43	74